

2001, nuevas preguntas, nuevos problemas

Por Christophe Aguiton*

L

a década que comenzó en 1990 fue, en numerosos países, la del renacimiento de los movimientos sociales. La reorganización del mundo que se había operado entre la caída del muro de Berlín y la guerra del Golfo podía llevar a creer en una dominación absoluta del capitalismo liberal. Sin embargo, en Francia, la huelga general del sector público realizada en noviembre y diciembre de 1995, el movimiento de los indocumentados, y luego el de los desocupados, habían mostrado la magnitud de la resistencia ante tal dominación, y de esta ola de luchas emergió un nuevo paisaje asociativo y sindical. Pero Francia no fue el único país en rebelarse contra el liberalismo triunfante. Los sindicalistas coreanos, los campesinos sin tierra en Brasil o los indios zapatistas de Chiapas eran el símbolo de la renovación de los movimientos sociales en el sur. Por otra parte, ciertos movimientos con prácticas innovadoras, como *Reclaim the Street* en Gran Bretaña o los *Tute Bianche* de Italia, eran los signos que preanunciaban una nueva radicalización dentro de la juventud. A nivel europeo, la red de las Marchas Europeas contra el Desempleo marca una etapa importante. Esta red, creada por iniciativa de las asociaciones francesas de lucha contra la desocupación y las exclusiones, reagrupó a los sectores sociales –incluyendo a organizaciones sindicales– más combativos del continente, y organizó las primeras manifestaciones de masas realmente europeas, con más de treinta mil personas reunidas en Amsterdam en la primavera de 1997, y luego en Colonia, en 1999, convirtiéndose en un aguijón para el movimiento sindical tradicional, la Confederación Europea de Sindicatos, que comenzaría un ciclo de movilizaciones.

El largo año 2000, entre diciembre de 1999 en Seattle y enero de 2001 en Porto Alegre, fue el año de la irrupción del “movimiento” en el plano mundial. No hubo ningún encuentro importante en la escena internacional sin manifestaciones y contra-cumbres, y en todos lados, nuevas fuerzas mi-



litanes se organizaron frente a la globalización liberal. Este movimiento marca una ruptura en tres niveles diferentes. En primer lugar, es mundial desde el comienzo, aun si sus raíces locales y nacionales son fuertes. En segundo lugar, observa, en estos últimos años, la formación de agrupamientos inéditos entre diferentes sectores sociales: campesinos, asalariados y movimientos de jóvenes, especialmente numerosos en las manifestaciones. Finalmente, está caracterizado por las alianzas, también absolutamente nuevas, entre las movilizaciones ambientalistas, sociales y democráticas.

El año 2001 estuvo marcado a la vez por el crecimiento de estos movimientos y por la aparición de nuevas cuestiones y problemas. Para quienes aún tenían dudas acerca de la profundidad de las luchas contra la globalización liberal, Génova resultó una confirmación indiscutible. Reunir cerca de trescientos mil manifestantes ante la cumbre de los siete países más ricos del mundo, a fines de julio, en una ciudad en la que no estaban presentes la mitad de sus habitantes y que se encontraba rodeada por las fuerzas del orden, las cuales habían llegado incluso a cerrar las estaciones, el puerto marítimo y el aeropuerto, representó un salto cuali-

* Responsable internacional de ATTAC-Francia y dirigente del movimiento de desocupados AC! - Agir Ensemble Contre le Chomage (Actuar Unidos contra el Desempleo).

Traducción: Mercedes Seoane

tativo importante. Hasta ese momento, el impacto del movimiento se explicaba por la combinación entre manifestaciones espectaculares, que bloqueaban y rodeaban pacíficamente los centros de conferencias, y la inquietud de la opinión pública que vive a diario las consecuencias que la globalización liberal tiene en el ámbito social y el medio ambiente: la precarización de los empleos, el crecimiento de la desigualdad, la generalización de los OGM, etcétera.

Pero las manifestaciones reunían entonces a algunas decenas de miles de personas, en el mejor de los casos. Génova, como Québec en el mes de abril para América del Norte, representa la entrada en el movimiento de cientos de miles de personas, la mayor parte muy jóvenes. Es la emergencia de una nueva generación militante que quedará marcada tanto por la amplitud y la pasión de las manifestaciones como por la violencia de la represión.

El crecimiento de las movilizaciones se desarrolló de modo paralelo a la aparición y vigorización, especialmente en Europa, de movimientos a escala global: *Genoa Social Forum* en Italia, *Movimiento de Resistencia Global* en Cataluña, *Globalize Resistance* en Gran Bretaña, o ATTAC, que se desarrolla en numerosos países además de Francia.

En América Latina, durante el año 2001 encontramos en primer lugar el movimiento argentino de los “piqueteros”, en julio y agosto, y especialmente las grandes manifestaciones de fin de año, las cuales derrocaron a un gobierno que implementaba la política neoliberal aplicada desde hacía más de diez años.

Pero el año 2001 ha sido también un punto de articulación durante el cual se ven aparecer nuevos problemas. Después de Seattle, el movimiento aumentó y se extendió por todo el planeta en un crecimiento lineal, encontrando solamente reacciones represivas y respuestas políticas poco serias. Los atentados del 11 de septiembre, la guerra en Afganistán y la recesión económica, que toca en particular a los Estados Unidos, van a complicar la situación.

La condena sin reservas a los atentados del 11 de septiembre era la reacción lógica y esperable de un movimiento que pretende cambiar el orden actual por vías democráticas y la participación activa de los ciudadanos del mundo. La guerra en Afganistán trajo consigo problemas más complicados. Los militantes norteamericanos se dividieron entre los sindicalistas, que no quisieron oponerse a la guerra, y el movimiento estudiantil, más radical en su rechazo a la política de los Estados Unidos.

En otros lugares, el movimiento pudo relacionarse con asociaciones pacifistas: de este modo, en Gran Bretaña la manifestación del 17 de noviembre resultó ser la más importante en los últimos veinte años, y en Italia la marcha entre Perugia y Asís reunió, nuevamente, cerca de trescientas mil personas. Esta capacidad que exhibe el movimiento opuesto a la globalización liberal de ampliar sus temas de movilización no está desprovista de consecuencias: varios cientos de militantes europeos partieron a Israel y Palestina a fines de diciembre para estar presentes y dar testimonio de su solidaridad con los palestinos.

Además de las reacciones en conexión con la actualidad inmediata, se impone una reflexión de carácter más general acerca de la dimensión del giro que se produjo después del 11 de septiembre. Ya se tomaron medidas represivas en todas las grandes potencias, tomando a los atentados como pretexto para ir un paso más allá. En Francia, por ejemplo, los pobres y los jóvenes son los primeros a quienes se dirigen las nuevas leyes que castigan con la cárcel la falta de boleto en los trenes, o que prohíben quedarse en los huecos de las escaleras...

Detrás de estas primeras leyes se advierte rápidamente lo que quiere decir “el retorno de lo político”, anunciado por todos los responsables después de los acontecimientos del 11 de septiembre. Al negarse a controlar realmente los paraísos fiscales, excepto por las entidades nominalmente designadas por las autoridades norteamericanas, las grandes potencias indican claramente que la “regulación” de la globalización será represiva, y que no se hará nada para poner límites a los márgenes de manobra de las finanzas y las empresas multinacionales.

Sin embargo, la coincidencia entre estos conflictos políticos, el ascenso de los movimientos sociales y militantes y la recesión económica vuelven considerablemente frágiles las bases mismas de la globalización.

Es posible trazar un instructivo paralelo con el final de otra fase de globalización, el “librecambio”, instaurado entre 1846 y 1879. Frente a una profunda crisis económica y a las turbulencias sociales que derivaron de tal crisis, Bismarck había hecho votar leyes represivas contra la socialdemocracia y los sindicatos, al mismo tiempo en que tomaba medidas sociales: estabilidad de los precios del trigo, incremento de los salarios, instauración de un sistema de seguridad social para los obreros. Estas medidas tenían un costo

“Al negarse a controlar realmente los paraísos fiscales, (...) las grandes potencias indican claramente que la “regulación” de la globalización será represiva, y que no se hará nada para poner límites a (...) las finanzas y las empresas multinacionales.”



para los productos de la economía alemana, y para protegerlos, Bismarck reintrodujo en 1879 los derechos de aduana, primero sobre el trigo y después sobre otros productos agrícolas e industriales. Esta política fue seguida por las otras grandes potencias, y todos se lanzaron a la constitución de imperios coloniales para asegurarse un lugar de acceso a las materias primas y un mercado donde colocar su producción industrial.

En la actualidad, las fuerzas del sistema, las empresas, las instituciones internacionales y los gobiernos de los países grandes no quieren una “guerra de civilizaciones” sino que pretenden, por el contrario, asegurar la perennidad de la globalización. Esta es la señal que dieron en noviembre en la ciudad de Doha, en Qatar, al introducir un nuevo ciclo de liberalización del comercio dentro del marco de la OMC.

Entre los movimientos sociales y militantes, por su parte, son muy pocos los que desean un repliegue a los estados-nación. Para retomar el ejemplo del siglo diecinueve, el fin del librecomercio se produjo cuando el movimiento obrero se había fragmentado. La AIT, la Asociación Internacional de los Trabajadores, la “primera internacional”, se constituyó en 1864 en Londres como reacción a la globalización de los intercambios. Las exposiciones universales representaban, un poco en contra de las contra-cumbres de hoy en día, momentos de encuentro entre sindicalistas y militantes. Pero la AIT se dividió y debilitó desde los comienzos de 1870, después de la derrota de la Comuna de París. Por el contrario,

actualmente, el movimiento multiplica los intercambios y los contactos. Una nueva generación militante, el “pueblo de Seattle y de Génova”, se siente parte de un movimiento internacional que lucha por “otra globalización”.

Pero si los actores reaccionan de manera diferente, la magnitud de los problemas políticos y sociales a resolver demandará redefiniciones, y la búsqueda de nuevas pistas y respuestas. En este sentido, el año 2001 habrá sido un momento de inflexión.

Los gobiernos y funcionarios internacionales se ven forzados a tomar en cuenta las exigencias de los manifestantes y de la opinión pública, pero se encuentran aún muy lejos de haber respondido a sus reivindicaciones precisas.

Los movimientos tienen, por su parte, sus propias fechas importantes. El primero de estos encuentros es el Foro Social Mundial de Porto Alegre, donde 80.000 militantes provenientes de todo el mundo se encontrarán a comienzos de febrero para elaborar propuestas y poner en marcha su plan de acción. El impacto de Porto Alegre es hoy en día tan



grande que todas las ONGs más importantes y los grandes sindicatos (la CISL o la CES europeas) estarán presentes allí, así como numerosos responsables políticos socialdemócratas (los alcaldes de París y de Roma, por ejemplo).

Esta expansión es positiva, pues permitirá abrir el frente de aquellos que pueden oponerse al neoliberalismo. Sin embargo, existe un riesgo, característico de toda fase de expansión: el hecho de que se forme una alianza tan grande que pierda toda precisión en las reivindicaciones y toda capacidad de iniciativa militante.

Es por esta razón que los movimientos sociales y militantes, que ya se habían organizado en el 2001 elaborando,

durante el Primer Foro Social Mundial, “el llamado de los movimientos sociales...” y que se reunieron en México durante el mes de agosto por iniciativa de la CUTbrasileña, de *Vía Campesina*, del *Genoa Social Forum* italiano, de ATTAC de Francia, de *Focus on the Global South* de Asia y de la marcha mundial de las mujeres, se convocaran nuevamente en Porto Alegre para el Segundo Foro Social Mundial.

El objetivo es construir el ala militante del movimiento, aquella que podrá llevar adelante la construcción de grandes movilizaciones de masas profundizando al mismo tiempo las alternativas al capitalismo y a las políticas neoliberales.

